



LA CENA ESPECIAL

Peter Furniss Hodgkinson*

El año 1985 tuve la suerte de comandar la fragata misilera “Condell”, buque que conocí durante su construcción en Escocia, Reino Unido, para luego integrar su primera dotación como oficial artillero a cargo de la batería de 4.5 pulgadas.

Para las operaciones “Unitas” de ese año fui comandante de la agrupación de buques de superficie del escuadrón chileno, siendo mis compañeros de curso los comandantes de los otros buques participantes, por lo cual fue una tarea amena y agradable en que recibía mucha cooperación desinteresada.

Después de efectuar una serie de ejercicios combinados con la US Navy, era tradicional que las fuerzas terminaran con un simulacro de combate en que dos fuerzas recibían una tarea que inevitablemente los llevaba a enfrentamiento en alta mar y se producía un combate simulado en que el árbitro del encuentro era el almirante norteamericano jefe de la Operación Unitas.

En aquella oportunidad recibimos el planteamiento del encuentro táctico mientras estábamos en Valparaíso en un corto período de descanso y alistamiento para la próxima fase de los ejercicios. El escenario era que unas fuerzas amarillas con quienes estábamos en guerra, pretendían tomar posesión de la isla Robinson Crusoe en el Archipiélago

de Juan Fernández y las fuerzas azules bajo mi mando deberían impedirlo.

Las fuerzas amarillas estaban integradas por los mejores buques de la fuerza norteamericana, además de un destructor clase Fletcher de la Armada chilena. Por su parte, las fuerzas defensoras azules las componían los buques chilenos y la fragata de menor capacidad de los norteamericanos.

Ante esta situación, reuní a la plana mayor de la fragata “Condell”, y efectuamos una apreciación de la situación, para luego elaborar el concepto del empleo de nuestras fuerzas. Ante el evidente desequilibrio de potenciales, nuestro desempeño probablemente no iba a ser muy exitoso, sin embargo nuestra fortaleza consistía en una excelente dotación de oficiales y gente de mar que se destacaron y esmeraron durante el período de entrenamiento del buque.

En puerto realicé una reunión previa de coordinación con los comandantes, oficiales de operaciones, armamentos y aviadores de las “Fuerzas Azules”, consistente en invitarlos a un almuerzo a bordo de la “Condell”, en que después de un aperitivo de acercamiento propuse nuestro concepto de empleo de la fuerza y luego pasamos a almorzar donde se podría madurar y discutir libremente la idea. Terminado el almuerzo, pasamos a la Cámara de Oficiales donde forma-

* Capitán de Navío. Oficial de Estado Mayor.

mos grupos de trabajo por áreas para así redactar el plan de operaciones con sus respectivos anexos de comunicaciones, exploración aeromarítima y plan para evitar interferencias mutuas.

Para forjar un ambiente más distendido, me coloqué una gorra que me había prestado un muy buen amigo que tenía una corrida de luces de colores destellantes y les expliqué que era el elemento que empleaba para pensar mejor, lográndose una risa general y un pedido del comandante del buque norteamericano de que se lo obsequiara.

El plan era sencillo y sin complicaciones, se fundamentaba principalmente en elementos de engaño para confundir al adversario sobre la presencia de nuestras fuerzas y la necesidad que el enemigo descargase sus misiles de largo alcance sobre blancos equivocados, permitiéndonos con ello alcanzar una posición más cercana para lanzar nuestros misiles y artillería con certeza de impacto.

Se le hizo llegar finalmente un ejemplar de la orden de operaciones de la fuerza azul al árbitro para que pudiese cumplir con la evaluación de las acciones durante el encuentro y zarpamos hacia el archipiélago de Juan Fernández, en que nuestras fuerzas se ubicarían al este noreste de la isla de Robinson Crusoe: previamente sembramos globos reflectores de radar amarrado a gruesos maderos que derivaban con el viento y corriente en una posición al sureste de dicha isla.

La exploración aeromarítima, con nuestro avión piloteado por un brillante oficial naval, muy pronto ubicó las fuerzas adversarias, pero también a un buque no identificado, presumiblemente mercante con luces encendidas que por suerte del destino llevó a las fuerzas a sospechar que se trataría de un señuelo del adversario. Ambas fuerzas, sin saberlo, enviaron un helicóptero para verificar, con la mala

suerte que el helicóptero enemigo tuvo una falla real que obligó al enemigo a tomar medidas de urgencia, evidenciando con ello su conformación y despliegue de sus unidades.

Una vez que el enemigo, ya privado de un helicóptero, detectó los señuelos que habíamos desplegado, abrió fuego sobre ellos informando al árbitro quien, como era lógico, reportó que no se evidenciaban impactos sobre las fuerzas azules. En el intertanto nuestras fuerzas cerraron distancia aprovechando la confusión y lanzamos nuestros misiles a corta distancia, logrando que el árbitro diera por destruida las fuerzas amarillas y ordenara que ambas fuerzas se dirigieran a Talcahuano dando por terminado el evento.

Una vez en Talcahuano, en el cine de la Base Naval, se efectuó la crítica al ejercicio y al término, cada dotación se dirigió a su buque, los efectivos de las fuerzas azules felices con las palabras del juez.

Al llegar a la fragata "*Condell*" me entregan una carta del comandante de la fragata norteamericana que integró nuestra fuerza en que me invita a una cena al día siguiente en el Club Naval de Talcahuano e indica en su invitación que es en homenaje al comandante de las fuerzas victoriosas y para mayor sorpresa e inquietud, indica que la vestimenta será de uniforme con smoking. Me dirigí a hablar con mi anfitrión para indagar si había entendido bien que el uniforme sería de smoking porque en mi buque no lo tenía y era difícil encontrar uno en la Base Naval ya que era una prenda de vestir poco usada en Chile. Me informó que el motivo de dicha invitación era que su buque en todos los encuentros tácticos en los diferentes países donde se realizaba la operación Unitas, lo asignaban a las fuerzas locales y como consecuencia siempre eran derrotadas, pero este éxito alcanzado había estimulado a sus oficiales y

deseaba aprovechar la oportunidad para celebrar en forma destacada su victoria.

Con estos antecedentes me comuniqué con mi señora en Viña del Mar y logré que un oficial aviador naval en sus viajes de apoyo a las fuerzas de superficie, me trajera mi tenida de smoking, que aunque me quedaba apretado, con la ayuda del sastre del buque, quedé presentable para la ocasión.

Como cada uno de los buques norteamericanos tiene un oficial de enlace chileno asignado, me averigüé en qué consistía este evento. Es un evento que denominan "Dining in" que tiene un protocolo bastante rígido que describiré más adelante. Lo que más me preocupó era que se comenzaba el evento con unos aperitivos y terminada la cena, el anfitrión reparte puros, se enciende una lámpara parecida a nuestros chonchones de aceite y se toma oportu mientras se fuma. Cada comensal se sirve solo desde una botella que se va pasando de mano en mano, partiendo por el anfitrión y luego pasa a la persona a su lado, quien procede de la misma forma hasta agotarla, luego el que quedó sin líquido levanta la botella en alto y un mayordomo la repone y así sigue la rutina. La condición es que la botella nunca toca la mesa. Ante estos antecedentes, le pedí al oficial de guardia de mi buque que me llamara por teléfono a las 22:00 horas y dejara la información al mayordomo del Club Naval que había un incendio en la cocina de la "*Condell*" y con dicho pretexto arrancarían de esta ceremonia que prometía ser "bastante cargada al licor".

Efectivamente llegué a la invitación a la hora acordada, me recibió el comandante del buque junto con sus oficiales y un oficial superior norteamericano, que era el jefe de las fuerzas de superficie; un capitán de navío muy amable. Todos con sus impecables uniformes de smoking. Me sirvieron un aperitivo y luego mi anfitrión le hizo una seña a su segundo comandante y los oficiales

pasaron al comedor donde se mantuvieron de pie frente a sus puestos en una mesa larga en forma de "T" en que la cabecera de la mesa tenía tres puestos. El comandante de las fuerzas de superficie se dirigió a un asiento en un extremo de la testera, mi anfitrión me señaló mi puesto en la mesa a su costado y luego él tomó la posición central, a todo esto los oficiales en silencio. Acto seguido se tocó una marcha e ingresaron dos marineros norteamericanos, uno portando la bandera de los EEUU y otro la chilena, las que quedaron colocadas en unos pedestales a la espalda de mi anfitrión. Acto seguido éste le dice a su segundo comandante que haga un brindis por el presidente de los EEUU, luego otro oficial es nombrado para un brindis por el jefe de operaciones navales de su Armada, otro oficial brinda por el Comandante en Jefe de los Infantes de Marina y finalmente un oficial norteamericano hace lo mismo por el Comandante en Jefe de la Armada de Chile.

A continuación el comandante del buque indicó que se tomara asiento, lo que se hizo en el más absoluto silencio. Acto seguido el anfitrión solicitó a uno de sus oficiales ilustrar a la concurrencia sobre su experiencia en Venezuela, luego a otro que hiciera lo mismo en cada uno de los países que habían visitado en su gira en sentido reloj alrededor de Sur América. Terminado lo anterior, autorizó a los comensales a actuar libremente, donde los más tensionados se permitieron el lujo de lanzarse unas migas de pan para distender el ambiente.

Se inició la cena con una ensalada y luego con un redoble de tambores hace su entrada el cocinero jefe pulcramente vestido trayendo sobre una bandeja de plata un magnífico asado que se lo presenta a su comandante, quien corta un trozo pequeño, lo toma con la mano, lo degusta, luego procede a declarar la carne apta para el consumo y autoriza al cocinero a comenzar a servirlo a los

asistentes. A la hora de los postres, el anfitrión hace uso de la palabra para recordar el motivo de la cena y me obsequia un escudo de su buque con la inscripción "Victorious Blue Forces". La cena termina sin otra novedad y se llega a la parte frente a la cual tenía mis temores, es decir, el encendido del chonchón que autoriza fumar, sigue el reparto de puros y aparece la mencionada botella de oporto que comienza a circular entre los invi-



tados. Consulto mi reloj y me quedo tranquilo ya que está por llegar la llamada del oficial de guardia de la fragata "Condell", tal como se había convenido. Pasa el tiempo y nada. Finalmente después de varias rotaciones de la "botellita" yo, mal herido, logro zafarme de la cena agradeciendo efusivamente las atenciones recibidas y me dirijo al muelle para embarcarme en mi buque pensando en la reprimenda que le daría al oficial de guardia que no cumplió las instrucciones. Llego a bordo, ya era más de medianoche, y me recibe el sargento de guardia quien me informa que

el oficial de guardia se había retirado a dormir.

Creo que es el momento de aclarar que cuando era más joven y aún tenía pelo, mi apariencia aún mantenía aspectos de anglosajón como se sospechará por mi nombre.

A la mañana siguiente me levanto temprano para enfrentar con dificultad el nuevo día. Llamo al oficial de guardia y le digo que es un falso porque no me avisó del incendio al cual habíamos convenido para desligarme de la comida.

Me contesta en forma muy seria que efectivamente me llamó en reiteradas oportunidades y en el Club Naval le contestaban que no había ningún comandante chileno y solo había un montón de gringos borrachos...

La enseñanza que recogimos en nuestra querida fragata "Condell" es que pese al desequilibrio de fuerzas, con buena preparación, entrenamiento y suerte, una situación de desventaja puede transformarse en un éxito inesperado. La victoria no está asegurada y son las personas y el destino que tienen la última palabra.
